

La pluma índigo

Raquel Rey



Image not found.

Capítulo 1

“Hacía mucho tiempo que las rosas habían perdido su color. Ahora todas eran blancas y estaban cubiertas por una fina capa de polvo grisáceo que se tornaba de un tono azul manchado con los rayos del sol. Crecían en la sombra de los campos y eran totalmente silvestres, con espinas del tamaño de un dedo meñique y punta afilada. Sus tallos habían tomado la magnitud de pequeños árboles, llegando a pasar del metro y medio, y sus hojas eran anchas y puntiagudas, de un verde que se iba oscureciendo del centro a la periferia hasta volverse casi negro en los bordes. Tenían vetas profundas como contorneadas por una aguja fina, que crecía en espiral de la raíz a los pétalos, como venas rojizas oscuras de sangre seca. Proliferaban junto a otras especies de flores, todas ellas de ese mismo color blanco sucio formando una selva monocromática y espectral en el que la sombra había tomado cuerpo y se extendía meciéndose en las ramas de los árboles, casi palpable. Sus ramas se entrecruzaban por encima de las cabezas y prohibían paso al sol, creando grutas y arcos bajo los cuales discurrían caminos penumbrosos asfaltados de hojarasca húmeda. Solo en los troncos delgados de los eucaliptos quedaban todavía los grabados de los tiempos en los que un día la luz cegó a los humanos hasta dejarlos incapaces de ver, sin tan siquiera querer mirar.

Adentrarse en el bosque en aquellos días se había convertido en una experiencia poco placentera para Colibrí. Llegaba su casa en las llanuras con yagas en la piel de rascarse, pues poner un pie en las ciénagas significaba que sus brazos y sus piernas se llenaban de pequeños sarpullidos azules, puntitos minúsculos y abundantes que le llegaban a cubrir las manos y los pies e incluso aparecían por su cara. Tenían latido propio y marcaban un ritmo, palpitando desde dentro de su cuerpo y provocándole calor. El sarpullido le escocía y quemaba y no podía evitar llevarse las manos al cuerpo y rascarse con determinación. En cuanto salía y volvían a caer sobre ella las finas partículas del sol oscuro sobre su piel, se iban difuminando y terminaban por desaparecer, como escondiéndose de nuevo debajo de su dermis. Nunca le contó lo que le pasaba a nadie, ni tan siquiera a Púrpura, pues pese al miedo que sentía, subir al bosque le proporcionaba la energía que necesitaba para poder continuar.

Temía a los sonidos que escuchaba entre las hojas, el ulular de las aves nocturnas que se habían vuelto insomnes incluso de día y su quejido agudo que amortiguaba los sonidos del agua. Se oía correr permanentemente la corriente de un pequeño arrollo o un río de poco caudal, pero nadie jamás lo había visto. Su sonido estaba debajo de las piedras, su humedad mojaba la tierra siempre oscura y parcialmente

alodada y de vez en cuando se desprendían vapores que teñían el aire de niebla blanca y espesa, pero era esa su más palpable entidad. No había ni arroyos, ni ríos, ni aguas estancadas. Solo estaba el sonido. Algunos juraban que la tierra había enterrado las aguas bajo los árboles y que más allá de nuestros pies transcurrían grutas profundas de cristalina corriente, fría y llena de vida desconocida. Otros muchos creían que era el castigo de los dioses, que nos recordaban un tiempo en el que las aguas todavía fluían libremente y su pureza limpiaba la Tierra. Lo cierto es que la fertilidad del bosque nacía de ese fantasma húmedo que existía en el aire y se respiraba mezclado con las partículas de oxígeno y que más allá de las puertas de la ciénaga, en las llanuras e internándose en el desierto azul, la tierra yerma no rezumaba la vida que parecía haberse encapsulado allí.

Pese a todo este temor y la penumbra que se cernía siempre sobre ella, Colibrí se adentraba varias veces cada semana entre los muros del barrizal. Lo hacía siempre por el sur, bordeando la parte este por fuera, y salía por el norte para bajar de nuevo la montaña y adentrarse en casa cuando el alba ya rozaba el cielo. Tenía la sospecha de que, pese a todas sus precauciones, madre había descubierto que se escapaba de madrugada por la ventana, descolgándose cuidadosa de no hacer ruido por la hiedra que cubría la pared y volvía a trepar por ella para meterse bajo la manta en el momento en el que Púrpura parecía removerse en su lecho y abrir los ojos. Quizá ella también se había dado cuenta, pues había mencionado la extrañeza que le producía que siempre estuviera despierta cuando ella se daba la vuelta. Sin embargo, no podía saberlo con certeza y como ninguna de las dos la había enfrentado directamente para que confesara, seguía tentando a la suerte y aventurándose en la penumbra.

Esa noche vio la luna por la ventana y su luz violeta iluminó las montañas rocosas a lo lejos. Más allá de ellas el valle caía a las profundidades de la ciénaga. Desde las llanuras yermas, pobladas de pequeñas casas rojas de pizarra y piedra, se veía una capa de polvo suspendida sobre la depresión permanentemente aun cuando soplaba el viento del sur que traía la brisa del océano gris. Esa noche el cielo estaba despejado y se veían los brazos lechosos de la Galaxia en el firmamento. El tiempo invitaba a esconderse bajo las mantas y cubrirse la cabeza con los sueños de otro tiempo. Pero como un resorte su cuerpo se levantó y, como poseída por el destello de la luna introdujo su cuerpo a través de la ventana, rozando con las carnes tersas de sus muslos el frío aluminio. Esa noche anduvo acompañada por la soledad y cuando se adentró en el bosque el tiempo volvió a paralizarse como cada vez. Allí no corrían las horas, la vida era atemporal. La penumbra siempre tenía el mismo grado de oscuridad, no se ponían el sol

y las criaturas parecían no dormir. Sus pies pisaron el lodazal que recorría la parte sur de la ciénaga, y una vez lo hubo atravesado los árboles empezaron a crear un tupido techo sobre su cabeza. Las ramas se movían a su antojo y hacían y deshacían sus enredos caprichosamente. Tapiaban y descubrían caminos, guiaban los pasos de los visitantes, se protegían de cualquier agresión externa. Sobrevolaban más allá de lo que las enredaderas le dejaban apreciar pequeñas aves de plumaje amarillo y verde aguamarina, tan pequeñas que cabrían en el puño de una mano. Eran descendientes de aquellos pájaros de antaño, de los que el abuelo aún conservaba alguna foto, que eran superiores en tamaño y magnificencia pero que había ido adaptando su fisiología a las nuevas circunstancias. Eran ágiles y escurridizos y salpicaban con su aleteo una especie de polvo dorado que nunca llegaba a tocar el suelo pues se evaporaba en la atmósfera en apenas segundos. Había lechuzas y búhos, estos grandes como un niño humano de corta edad y de plumaje azul eléctrico con destellos plateados. Sus ojos eran grandes y redondos, siempre del color del ámbar y rara vez levantaban el vuelo desde las ramas de las acacias más altas desde las que podían observar cualquier extraño que se atreviera cruzara el lodazal. La luz anaranjada de su mirada te encontraba mucho antes de que pudieras distinguir su figura de entre las sombras, y te perseguía hasta que desaparecías de su vista.

Las rosas blancas habían colonizado a sus anchas el suelo y las zonas más bajas del bosque, solo interrumpida su presencia por algún pequeño arbusto con espinas finas y alargadas, que daba unas bayas púrpura grandes y alargadas que escurrían un líquido viscoso y violáceo cuando eran apretadas, con un sabor ligeramente ácido y dulzón, del que se alimentaban los reptiles que alfombraban la tierra mezclándose con la hojarasca. Su piel brillante y escamosa era gris y resbaladiza, y se arrastraban con la barriga pegada al suelo mientras movían las diminutas patas, cuatro en cada lado, y levantaban pequeñas partículas de tierra con su alargada cola, que podía llegar a medir dos metros. Tenían la boca alargada y poblada de dientes y los ojos negros y saltones. Eran pese a su repugnante aspecto las criaturas más inofensivas de la ciénaga y solo asesinaban los insectos, grandes y alargados, con alas de mariposa que se posaban en los troncos de los árboles.

Toda esa vida allí encapsulada era toda la vida que Colibrí conocía. El abuelo le había asegurado que más allá, por donde el sol se metía, en los fondos del océano también existían criaturas diferentes, que no respiraban partículas de aire y no se alimentaban de hojas ni de miel. Pero jamás había cruzado más allá de la depresión, al otro lado de las montañas, y además madre siempre decía que el abuelo tenía la virtud de exagerar las cosas. Pero ella lo creía pues, a escondidas, le había enseñado esas fotos en las que se retrataban las aves de las que tanto le había hablado y, pese que madre se lo hubiera prohibido, le había pedido que le relatara

más sobre ese mundo que no había llegado a conocer. Fue él quien le contó que las flores algún día habían tenido color y que todavía quedaban rosas de color azul índigo escondidas en el corazón de la ciénaga. Había salido a buscarlas aquella misma noche y lo que vio le cambió el alma.

Volvía esa noche a su encuentro una vez más. Tras andar varios minutos llegó a una pared de ramas espinosas que marcaba el final del camino. Se arrodilló en la tierra y arrastró su vientre entre las hojas, reptando por el pequeño hueco que quedaba entre las espinas justo para que pasara su pequeño cuerpo. Salió al otro lado del muro, a un claro donde el suelo estaba limpio y mullido por una capa de fina hierba verde. La luz índigo que emanaba de sus pétalos constituía un ser con entidad propia y sus pulmones se llenaron de sus finas partículas. Ignoró el escozor del sarpullido en su piel y se acercó a las flores. Mientras cerraba los ojos visualizó todo el mundo que le había relatado el abuelo y en su fuero interno prefirió no creerlo. No quería el peso de la responsabilidad de haber destruido la vida que ahora no era ni siquiera capaz de imaginar. “

Capítulo 2

Cuando emprendió aquella madrugada el regreso a casa, la luz púrpura de la luna llena iluminó su camino hasta el fondo de las llanuras, páramo de tierra gris y yerma. Se extendía al otro lado de la cordillera de las Rocosas, un conjunto de escarpadas montañas graníticas de poca altura que separaban el profundo valle fértil en el que se encontraba la ciénaga, a un lado de su falda, de la tundra lisa y monótona que se extendía hacia el norte hasta donde la vista podía alcanzar, bajando por el lado opuesto. Pese a haber cruzado ese camino decenas de veces en las últimas semanas, Colibrí no dejaba de asombrarse cada vez que, alzada sobre alguno de los ariscos salientes de roca, contemplaba desde las montañas la soledad que cruzaba el vasto espacio llano. Desolador podría ser la palabra para describirlo y, pese a ser el único lugar con asentamientos humanos a varios kilómetros a la redonda, la desazón y la monotonía, la falta de vida, parecía haberse pegado a las casas y a las personas tiñéndolos de polvo gris que rezumaba por las grietas de la corteza terrestre. Las casas, construidas siguiendo un patrón perfecto de rectángulos equidistantes, tenían un color rojo teja, sucio y apagado punteado de motas más pálidas de polvo incrustado. El suelo estaba agrietado irregularmente y nadie sabía cómo era que todavía no se había quebrado completamente. Tenía el color de la tierra seca, ese rojo ardiente sin vida, claro y poco intenso como si también él quisiera huir. La única vegetación que poseía era pequeños yerbajos de color verde muy oscuro, que nacía una mañana para morir completamente secas por el sol la tarde del mismo día y las hiedras espinosas que resistían sin agua colonizando las fachadas de las casas y de las que era imposible desprenderse. Sus restos secos se desprendían del suelo y volaban con las ventiscas sobre las casas y los tejados negros de pizarra, metiéndose en las casas y en las almas de la gente, secándolas a ellas también. La humedad era más notable por su ausencia que por su presencia y nadie se atrevía a nombrar siquiera su necesidad. El polvo rojo del suelo se metía en los pulmones de la gente y provocaba esa voz grave y la tos crónica característica de los habitantes de la llanura. Era el único lugar en el que Colibrí había visto vida humana, un páramo desierto desprotegido de los vendavales de las costas del océano gris, que sufría huracanes secos frecuentemente puliendo todavía más la llana meseta.

El cielo que cubría la estepa era igual de polvoriento que su otro extremo. Finas motas de polvareda gris quedaban suspendidas en el aire, siempre espeso y caliente que casi limaba los pulmones al respirarlo. El sol se intuía por encima de la nebulosa, su luz difractada por las partículas era demasiado intensa para mirarla directamente y deformaba su forma esférica en miles de minúsculas manchas de luminosidad blanca. Nunca se forman nubes sobre la llanada, el cielo siempre estaba despejado salvo

por esa capaz espesa de humo gris. Caía a plomo el calor del astro sobre las casas y las gentes, días sí día también, sin tregua ni descanso. El aire quemaba y la tierra desprendía una calidez casi palpable. Cuando el viento soplaba del este, del desierto rojo, el aire se volvía todavía más espeso y tomaba un color fuego intenso que impedía ver más allá de dos palmos delante de los ojos. El calor derretía las gomas de las ruedas de los carros, hacía dilatar el hierro de las verjas, abrasaba los yerbajos inocentes y marcaba el ritmo de las vidas en la extensa pampa.